



Ermilo Abreu Gómez, 1964.

Ermilo Abreu Gómez

Jorge Ruedas de la Serna

En 1964, Ermilo Abreu Gómez impartía la clase de Literatura española moderna en la Facultad. Siempre de pie, atrincherado en el escritorio, que le llegaba casi al pecho, parecía una lechuza —de ojos azules— detrás de sus grandes gafas, por las que se traslucía una mirada fija e inteligente. Hablaba con escrupulosa corrección, castizamente. Más que un maestro, parecía un predicador. Predicaba por la literatura, por el placer del texto, por la causa de recuperar el sentido de lo que la literatura es, fundamentalmente, para el ser humano: útil para su desarrollo espiritual, por el puro goce estético. Sus discursos eran una corriente clara y fresca.

Un apasionado de los clásicos españoles, especialmente de santa Teresa de Ávila; sus clases eran vibrantes, casi eléctricas, por la vehemencia con que aspiraba a fortalecer nuestra vocación por las letras. Era un erudito; había leído verdaderos océanos literarios, pero nunca nos abrumó con su sabiduría, antes sus clases eran de una sencillez y claridad ejemplares, como su estilo literario, porque hablaba de lo que conocía con profundidad y sobre lo cual había reflexionado mucho, y en todo campeaba no lo que opinaban las autoridades, sino sus propios juicios críticos, finos y equilibrados. Estaba en contra de los esquematismos. Recuerdo que le disgustaba en especial aquella tesis sobre el “tono menor o crepuscular de la literatura mexicana”.

Cuando lo visitábamos en su casa de la calle de Frontera, en San Ángel, nos recibía muy bondadosamente y en confianza. La clase era el espacio público y, como tal, le demandaba gran esfuerzo y dedicación, su claridad y sencillez no se debía a que fuese un maestro improvisa-

do; por el contrario, su trabajo docente era el resultado de una demorada preparación, sobre todo para ese curso, como lo prueban sus *Tablas históricas de la literatura española* (1937) y sus *Lecciones históricas de literatura española* (1944), de las cuales, sin embargo, nunca nos habló. En su casa, en cambio, estaba distendido. Conversaba tranquilo y pausado, en la intimidad, pero sin dejar de ser maestro. Nos pasaba a una salita, su lugar de trabajo, frente a un largo jardín, añoso y sombreado. Ahí, separados de su abundante biblioteca, tenía no más de cien volúmenes en un pequeño estante. “Son mis libros dilectos -comentaba-, ya puedo prescindir de todos los demás. El tiempo que me resta será para releer estas obras”.

Ahí estaban el *Quijote*, santa Teresa, san Juan de la Cruz, Benito Pérez Galdós, Pío Baroja, Martín Luis Guzmán, entre sus preferidos. Me hace recordar a don Diego de Miranda, aquel caballero de la capa verde, que decía poseer no más de un centenar de volúmenes, síntesis de la sabiduría clásica, y a quien Sancho Panza le besa los pies, porque lo considera el “primer santo a caballo” que había conocido en su vida.

Ermilo Abreu Gómez nació el 18 de septiembre de 1894, en Mérida, Yucatán, donde realizó sus primeros estudios y los continuó en Puebla. Posteriormente regresó a su ciudad natal e inició su carrera literaria en la *Revista de Mérida*. Ahí participó en el movimiento de creación de un teatro regional que renovó la cultura de esa provincia mexicana. Años más tarde se trasladó a la ciudad de México y colaboró en la revista *Contemporáneos*, con notables ensayos críticos. Su producción literaria abarca obras dramáticas, relatos, cuentos, crítica, estudios filológicos, prólogos, antologías, artículos periodísticos, biografía y bibliografía. Fue uno de nuestros mayores sorjuanistas, reconocido internacionalmente, y pionero en los trabajos de revaloración crítica de la Décima Musa.

Relatos como *Canek* (1944) y *Héroes mayas* (*Zamnó, Cocom, Canek*) (1942) le aseguraron un sitio destacado en la historia de la literatura mexicana del siglo xx, así como sus *Cuentos de Juan Pirulero* y *Pirrimplín en la luna* (1942). Pero su obra, en los diversos géneros antes mencionados, es extensa. Como estudioso de la literatura mexicana están por recogerse, y valorarse debidamente, sus ensayos críticos sobre Peón Contreras, Sierra O'Reilly, Sigüenza y Góngora, Ruiz de Alarcón y sor Juana Inés de la Cruz, entre muchos otros. De su trabajo periodístico en las columnas de *El Nacional* sobresale una extensa galería de personalidades marcantes de la cultura mexicana de este siglo.

Como maestro y como escritor, Ermilo Abreu Gómez fue un hombre comprometido con los pobres, con los marginados, con los desheredados. Fue un luchador socialista. Él mismo vivió la mayor parte de su vida pobremente; tenía que dar clases y escribir artículos en el periódico para ganar el sustento diario. Pero ni sus ideas sociales ni su

pobreza, que había asumido con la sabiduría de los clásicos, le hicieron rebajar su idea de la literatura como arte, para la cual exigía el requisito irrenunciable de una real categoría estética.

Jesús Aguirre Cárdenas

Agustín G. Lemus Talavera



Jesús Aguirre Cárdenas, Agustín Lemus Talavera y Roberto Betancourt Arce, alumnos fundadores del Colegio de Pedagogía, 1955.

La apertura de la Ciudad Universitaria, en 1954, marcó la creación del Colegio de Pedagogía y de la maestría en Pedagogía en la Universidad Nacional Autónoma de México. Ello abrió las aulas de la Facultad de Filosofía y Letras a la generación fundadora, en 1955. Así, llegaron los primeros diecisiete alumnos de pedagogía, todos ellos ya profesionales de diferentes áreas y con variada experiencia docente en su haber; no eran, pues, novatos en la tarea de la enseñanza, pero a todos les animaba el mismo entusiasmo: participar en la aventura de la pedagogía universitaria como profesión.

De esta forma se inició un nuevo capítulo en el *curriculum vitae* del arquitecto e ingeniero civil Jesús Aguirre Cárdenas, uno de aquellos diecisiete pioneros. Los nuevos estudios llegaron a sistematizar su ya larga experiencia docente y docente, hasta convertirse en un eficiente motor de la acción y la difusión de la pedagogía universitaria, lo mismo en el ámbito de la UNAM, que en el nacional y en el internacional; en la conjunción extraordinaria de la didáctica general —como fundamentación— con la docencia de la arquitectura, el diseño y la enseñanza superior —como aplicación.

Arquitecto en 1944, ingeniero civil en 1958, y maestro en Pedagogía en 1964, se inició en la docencia desde 1940 en niveles no universitarios, y en 1948 en el nivel universitario; desde las licenciaturas en arquitectura, ingeniería y pedagogía, sucesivamente, hasta los posgrados respectivos. Alcanza, al presente, cincuenta y tres años ininterrumpidos de docencia, desde la modesta y paciente enseñanza del dibujo a los niños, hasta las altas cátedras de Didáctica de la enseñanza superior y Didáctica aplicada al diseño arquitectónico.

El maestro Jesús Aguirre Cárdenas ha sido profesor en los tres niveles académicos de la pedagogía; consejero técnico por el Colegio en dos periodos; miembro del Consejo Interno del Posgrado en tres ocasiones; consejero universitario alumno por la Facultad de Filosofía y Letras, y consejero profesor por la de Arquitectura durante seis pe-